

su inútil vida con un crimen. Pero usted que ha demostrado la fortaleza de su alma luchando y sufriendo, siguiendo sin vacilar la triste ruta de sus dolores y practicando la virtud, alcanzará la estimación y el respeto de todos los hombres justos.



Con rápido ademán se despojó de la careta

## LA HORMA DE SU ZAPATO

### I

Unidas desde que tuvieron uso de razón por estrecho lazo de ternura, siempre juntas en el colegio donde ambas se educaban, confiándose sus pequeñas alegrías y sus ficticios pesares, amándose como hermanas, Anita y Celia se completaban, aunque eran muy diferentes, y quizá por eso componían una sola alma y un solo corazón, obedeciendo á la misma ley física que hace brotar la chispa de dos electricidades contrarias.

Las dos se encontraban en esa edad en que el án-

gel pliega sus alas para atravesar el estrecho puente que separa la infancia de la pubertad.

Anita, alta, morena, de turgentes formas ya casi en completo desarrollo, acentuados rasgos fisonómicos, y ojos negros, intensos, de tal elocuencia en la mirada, que ni la pluma ni el pincel podrían dar idea de su expresión.

Celia, de la misma estatura, pero rubia, delicada, de finísimas facciones y ojos celestiales.

La primera, risueña, alegre y resuelta, representaba la atrevida malicia. La segunda, sencilla y tímida, era el símbolo más perfecto de la inocente candidez.

La morena Anita tenía quince años y era una mujer en todo. La rubia Celia contaba diez y seis y era niña en cuerpo y alma.

En una hermosa tarde de mayo, mientras las otras niñas se entregaban en el jardín del colegio á toda clase de juegos, carreras y violentos ejercicios, las dos inseparables paseaban como siempre juntas y solas por una ancha calle de árboles.

El gracioso diablillo sonreía y el serafín lloraba.

— Pero ¿por qué lloras, tontísima? — exclamaba la morena.

— ¡Ay! ¡Dentro de un momento nos separaremos para siempre! — respondía Celia con un suspiro.

— ¡Para siempre! ¿Y por qué ha de ser para siempre?

— Porque tú te quedas en Madrid con tu familia, que te espera deseosa de hacer tu brillante presenta-

ción al mundo, una vez terminada tu educación, y yo me voy al rincón de mi provincia, donde sólo me aguardan los cuidados de un padre anciano. El destino nos separa, Anita.

— Y el destino nos reunirá otra vez, Celia. El tiempo es una inmensa rueda que en su continuo girar unas veces separa lo que otras reúne. ¿A qué pensar siempre en cosas tristes? En mi corta experiencia ya he observado que el mundo busca siempre la alegría y huye del dolor. Reír es mi propósito.

— Y quizá llorar mi destino.

— ¡Vamos, vamos, doña *Augurios*, no te desanimes, que yo estoy segura de que tu lindo palmito es nuncio de suerte y garantía de felicidades!

Una dulce sonrisa iluminó el lloroso semblante de la rubia niña, como sol en día de lluvia.

— ¡Mi palmito! — exclamó con gracioso mohín, entre risueño y triste.

— Mira, si yo fuera hombre, te amaría con locura y correría á pedir tu mano á tu padre.

Celia soltó por fin la carcajada, diciendo:

— ¡Pero como no lo eres! No creas que en tal caso te desairaría; tu gracia, animada y resuelta, y esos hermosos ojos que tanto amo hubieran sido mi delirio.

— No faltarán otros que pretendan serlo. ¡Ya verás qué sorpresa tan agradable la mía cuando, pasados algunos años, me anuncien un día una visita! Salgo, y me encuentro á mi Celia con un apuesto joven, su marido.

— ¡Bah! ¡Qué cosas tienes, Anita!

— No te apures, que yo te recibiré rodeada de angelitos, unos morenos y otros rubios.

Las dos se echaron á reir alegremente.

Su hilaridad fué interrumpida por la sonora voz de una camarista, que les dijo:

— En la sala de visitas esperan á la señorita Ana.

Como por encanto cesaron las risas y las dos palidieron. Había llegado el terrible momento de la separación. Un instante después Anita y Celia se abrazaban una y otra vez con febril vehemencia, y entre besos y sollozos cambiaban los últimos juramentos de eterna amistad.

— ¿Me olvidarás, Anita, en ese mundo de fiestas y placeres?

— Nunca, nunca; te lo juro. Dondequiera que nos volvamos á encontrar, seré siempre tu hermana del alma.

— ¡Adiós, Anita de mi vida!

— ¡Adiós, mi querida Celia!

Y el coche partió llevándose á Anita, que ocultaba su emoción tras el pañuelo, mientras la superiora recibía en sus brazos á Celia sin conocimiento.

## II

En la elegante morada de Anita, un lujoso hotel de la Castellana, se preparaba siete años más tarde un fausto acontecimiento. Todo era animación y ale-

gría en la casa; el alma de ella, la alegre morena que conocimos en el colegio, se casaba muy pronto y á gusto de todos.

La niña que tanto prometía entonces, era á la sazón una espléndida realidad, una joven de veintidós años en todo el desarrollo de sus encantos físicos, sus gracias seductoras y excelentes condiciones morales, mujer de talento y artista notable. Correspondió al amor de un joven y ya acreditado abogado que era el tipo de su soñado ideal: rubio, de expresivos ojos azules y poblada barba, cuidadosamente recortada; él la adoraba, y la inteligencia fué rápida, la dicha completa.

Los dos enamorados habían empleado la tarde en colocar sobre mesas y tableros las prendas del lujoso *trousseau* y los numerosos regalos, para que fueran á admirarlos las amigas, y ya fatigados, descansaban en cómodas butacas.

— No te quejarás de los regalos — decía él; — todas tus amigas te han dedicado un recuerdo de gusto y de valor.

— Todas no, Enrique; me falta el de la amiga que más he querido, el de mi hermana de colegio.

— ¿Y cómo es eso?

— Hace más de tres años que no sé de ella. En estos felices instantes la recuerdo con tristeza y pienso en sus dolorosos presentimientos.

— Probablemente se habrá casado y no se acuerda de ti — le dijo, deseoso de apartar de aquella serena frente la inoportuna nube.

— ¿Ella olvidarme? ¡Imposible!

— De todos modos, y ya que nada puedes remediarlo, deja eso, Anita mía, y pensemos en nosotros, en nuestro amor, en nuestra dicha.

Anita, contra su costumbre, estaba seria, quizá por efecto del recuerdo evocado.

— Dime — exclamó de pronto, — ¿á cuántas mujeres has amado?

— A ti en ideal, á ti en realidad, á ti antes y después y siempre — respondió sonriendo.

Anita movió la cabeza con ademán de duda.

— No es posible, no lo creo. Mira, tú ya conoces mi carácter firme y resuelto, y sabes que todo lo perdono menos el engaño y la mentira.

— ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó palideciendo.

— Que quiero conocer el pasado del hombre á quien entrego mi vida; que quiero saber tus relaciones anteriores.

— No las he tenido. Tú eres mi pasado, mi presente y mi porvenir.

Anita clavó sus negros ojos escrutadores en los azules de él, y tras una pausa añadió:

— Quizá mi empeño sea una curiosidad importuna, no lo niego; pero es más la medida de tu confianza. Yo la tengo en ti completa, absoluta, ciega; ¿por qué no tenerla tú lo mismo?

— La tengo, vida mía, no lo dudes — afirmó él con persuasivo acento.

— Pues entonces, Enrique mío, dime la verdad. No temas que me moleste; yo creo que así como el hombre debe desear ser el primer amor de su mujer, la mujer debe contentarse con ser el último amor de su marido. Como ya te he dicho, lo único que me ofende es el engaño, lo que no perdono es la mentira.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

— Te repito — dijo — que no he amado, amo ni amaré á nadie más que á ti.

— ¿Lo juras por tu honor?

— Por mi honor lo juro.

Anita lo miró otra vez; su mirada era tan franca, tan sincera, tan amante, que todas sus dudas se desvanecieron.

— Te creo, te creo — exclamó con ternura; — es tal mi fe en ti, que nadie en el mundo podría hacerme dudar de tu palabra; pero si me engañaras...

— ¿Qué harías? — preguntó curioso.

— No sé si odiarte ó despreciarte. Más bien lo último.

Un ligero estremecimiento recorrió la epidermis de Enrique, pero contestó con tierno acento:

— Tranquílízate, mi adorada visionaria, que nada de eso sucederá. Te amo como jamás hombre alguno amó á la elegida de su corazón, y sólo pienso en hacerte tan dichosa, que nunca esos importunos temores turben ya más tu acostumbrada alegría.

De la intensa mirada de ambos brotó esa chispa que jamás los sabios sabrán definir, ni los artistas co-

piar; esa chispa misteriosa que lleva en sí todo el fuego de dos corazones y hace de dos almas una sola, y un estrecho apretón de manos puso fin al tierno diálogo de los futuros esposos.

Al oscurecer, Enrique se había ido á comer y Anita recibía los trajes de la modista.

En la semiobscuridad de la habitación miraba los trajes sin ver. De pronto la estancia se ilumina, la gran señora y la modista se hallaron frente á frente, y ambas dieron un grito y retrocedieron pálidas de asombro y de emoción. La primera abría los ojos, no creyendo lo que veía; la segunda aguardaba con los suyos llenos de lágrimas y en triste actitud.

El traje se desprendió de las manos de Anita y rodó sobre la alfombra, mientras la noble joven estrechaba entre sus brazos á la modesta obrera, repitiendo:

— ¡Celia, Celia! ¡Por fin te encuentro, por fin te vuelvo á ver!

Durante algunos instantes no se oyó más que ruido de besos, las alegres exclamaciones de Anita y los sollozos de Celia.

### III

Pasados los primeros transportes de ternura, y después de contemplarse con cariño una á otra, se sentaron las dos amigas con las manos enlazadas.

— Si — pudo al fin articular Celia, temblorosa aún

de emoción, — me vuelves á ver, ¡pero en qué estado tan diferente del que soñabas!

Anita la examinaba asombrada.

— En verdad que no acierto á comprender tal cambio. Tu padre era un acomodado propietario de Asturias. ¿Cómo has llegado á este extremo?

— Mi padre murió después de grandes pérdidas y grandes pesares. Soy muy desgraciada; pero todo lo he merecido.

Anita abrió desmesuradamente los ojos.

— ¿Tú, tú? — exclamó.

— Yo, sí.

— ¿Estás loca?

— ¡Ojalá! La locura es á veces el descanso. Te suplico que no te ocupes en mí y me hables de tu dicha. Según veo, te casas muy pronto.

— Así es. Pero la felicidad no tiene historia. Tú eres desgraciada y tengo el derecho de conocer tus penas, el deseo de compartirlas y el deber de remediarlas á ser posible.

— ¡Oh, Anita, remediarlas! Tu generoso deseo es tan imposible como escalar el cielo.

— ¡Quién sabe! Abre, mi querida Celia, tu corazón á tu hermana del alma. ¿Has amado?

Encendido rubor subió al rostro de la dulce Celia.

— Con locura y con desgracia — dijo.

— ¿Era indigno de ti?

— ¡Un miserable!

Las lágrimas nublaron los hermosos ojos de Anita.

Celia bajaba los suyos y se encerraba en su dolor, como quien prepara una dolorosa confesión.

—¿Te engañaba?— preguntó Anita, vacilando ante el temor de avivar dolorosos recuerdos.

—Eso hubiera sido un desengaño nada más, y te hablo de dolores incurables y de recuerdos que matan. Escucha— exclamó de pronto resuelta. — Mi padre se oponía tenazmente á nuestras relaciones por temor á que algún día lo dejara. Él, indignado, herido en su amor propio, me comunicó su rencor; me persuadió de sus honradas intenciones, de su profundo amor, y enloquecida, fascinada, sólo á él vi en el mundo, sólo en su amor pensé. Apoyada en su brazo dejé un día mi casa para buscar la bendición de un sacerdote en la iglesia y en su hogar la dicha. Pero todo era mentira. El miserable me dió su amor y me negó su nombre.

—¡Pobre Celia!

—Yo era demasiado honrada para consentir en pasar de víctima á manceba— continuó con febril vehemencia. — He sido una insensata, pero nunca seré una mujer despreciable. Vilmente engañada, perdidas todas mis ilusiones y huérfana ya, me vine á Madrid, donde nadie me conocía, á ganar trabajando mi triste subsistencia y á llorar mi desgracia. No quise buscarme por no turbar tu dicha con mi dolor. Hoy he venido sin saber que era esta tu casa.

—Sólo hace un año que vivimos en este hotel que compró mi padre. Pero tú debiste buscarme; para es-

tos casos es la amistad, Celia mía. Hoy te quiero más que nunca, y si otra cosa no puedo, procuraré alejar de ti el terrible recuerdo que te mata.

Celia se arrojó llorando en los brazos de su amiga.

—¡Olvidar!— articuló tras una pausa, limpiando sus lágrimas. — ¡Ni aun ese consuelo tengo!

—¿Amas todavía á ese hombre?

—No sé si le amo ó si le odio. Enrique es de esos hombres á los que se puede adorar ó aborrecer; pero nunca olvidarlos.

—¿Enrique has dicho?— preguntó Anita con extrañeza.

—Sí, ese es su nombre.

—¡Qué coincidencia!— añadió sonriendo. — Enrique se llama también mi prometido, el hombre más bueno y leal que existe.

—Enrique... ¿qué?— interrogó la pobre joven, asaltada por terrible presentimiento.

—Enrique de Ampudia.

Celia dió un salto en su asiento y quedó de pie, pálida, trastornada.

—¿Es abogado?— articuló con débil voz.

—Sí.

—¡Oh! ¡Anita, Anita, qué ruda prueba nos manda Dios!

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?— exclamó ya alarmada.

—Que temo que tu Enrique y el miserable que me engañó sean una misma persona.